

# Instrumentos para medir el viento

Freddy Ayala Plazarte • 2018

Cuenca: CCE Azuay • 55 páginas



Instrumentos para medir el viento, de Freddy Ayala Plazarte, es un ejercicio de escritura intencionalmente anacrónico. Las extensas oraciones y las imágenes que aluden al principio de las cosas parecerían replicar un código del pasado, un fragmentado relato cosmogónico. Pero el libro de Ayala es también un libro de su tiempo: solo desde el presente de la voz poética, nuestro presente, es posible mirar hacia el pasado en su complejidad y conjeturar sobre el futuro como si los bloques temporales cedieran en su firmeza y su irreductibilidad para determinar la necesidad de reelaborar una y otra vez nuestra lectura del mundo y de los libros que laboriosamente explican o intentan explicar este mundo.

Ayala Plazarte nos introduce en un flujo en donde los tiempos, los lugares y las tradiciones parecerían alimentarse unos de otros mutuamente. Dice el poema: "Alguien le imploraba al viento '*Kitab nuzhat al-mushtaq fijtiraq al-afaq*'". En una nota a pie de página se traduce la frase del árabe como: "Solaz del que anhela recorrer el mundo" (p. 44) y se menciona que se trata de una

"obra escrita en árabe con al-Sharif al-Idrisi que contenía 70 mapas regionales del globo, durante el reinado de Roger II en Sicilia (s. XI d.C.), que logró, en aquel entonces, que haya una 'convivencia medieval' entre culturas orientales, africanas y europeas" (44).

A partir de esta posibilidad de convivencia que ofrece ese momento concreto de la historia, el poema parecería devolvernos al medioevo: su tono es medieval, pero sobre todo la Edad Media es el momento histórico que revela el cambio de episteme que le interesa a nuestro escritor: se trata, pues, de recrear el mundo a partir de una nueva lectura de los códices, de la música, de la historia, de la función de los instrumentos musicales, tal como haría el filósofo ermitaño, que antes del abandono del mundo y sus placeres ha practicado todas las formas del hedonismo y ha sido llamado cosmopolita por su particular e intensa forma de habitar las ciudades, los entonces nuevos enclaves en donde todas las tradiciones del mundo se encuentran, por primera vez, al mismo tiempo.

Aquí se restaura la imagen denigrada de lo medieval, mostrándonos una belleza recóndita, la belleza del álgebra, de los números que, con fuerza, desde entonces, empezarán a referirnos los misterios del universo y también la certeza de que su comprensión total no está a nuestro alcance. Sostiene la voz poética: "Sus bocas unidas al viento / ya no alcanzaban a pronunciar la palabra 'mundo' / Y aquella travesía era como las resonancias del shofar / fabricar memorias con el aire / mientras el astrolabio rodaba al pie de las páginas / y los números integrales / y los números enteros / y los números naturales / y los números primos / y los números madera / y los números metal / y los números ceniza / y los números hermanos / que fueron sepultados en la bahía" (32-33).

El *shofar*, al que se alude en el fragmento que acabo de compartir, "es un instrumento de viento confeccionado preferiblemente del asta del carnero" (Shemtov, es.chbad.org) o de cualquier animal, siempre y cuando se trate de un

cuerno que crezca con cartílago y posea curvatura. El sonido de este instrumento acompaña la lectura de textos sagrados judíos y se lo utiliza para producir diferentes efectos en correspondencia con los textos en cuestión. Se trata, pues, de un instrumento asociado al entendimiento del mundo.

En el libro se mencionan otros instrumentos de viento, como la flauta, el rondador, la gaita. Pero, en el poema, el viento no solo produce sonidos, sino también la energía que empuja los cuerpos, la que da forma a los objetos, la que permite la navegación (todos en mayor o menor medida nos identificamos con los navegantes del poema: algunos somos los encargados de medir las distancias, otros escribimos las cartas que relatan la travesía, otros somos tragados por los océanos). Hacia la mitad del poemario, se dice de los navegantes que "Estaban lavados por la gracia del silencio" (29). ¿Qué es el silencio? ¿Cuándo ocurre del todo esa gracia? Si nos remitimos a los relatos genésicos, el silencio está ocurriendo en el momento que precede a la creación del mundo. ¿Y cuándo se crea el mundo o cuándo se lo recrea? Se ha otorgado al ser humano la posibilidad de ser un pequeño dios o un nuevo exégeta: para hacer los nudos o deshacerlos. El momento del silencio es el que precede al movimiento coordinado de las manos que sostienen la soga.

Para terminar, quisiera referirme a uno de los epígrafes del libro compuesto de una sola palabra del griego antiguo que reza: "Kecharitomene" y se traduce como "la siempre colmada de gracia", en alusión a María, madre de Jesús. En la tradición judeo-cristiana, el nacimiento de Jesucristo se lee como la venida del Mesías y, por tanto, como la posibilidad de un nuevo inicio ya que a través de su sacrificio está liberando a todos del pecado original. Como sabemos, es alrededor de este hecho en concreto que se mide y se estructura el tiempo en el calendario gregoriano. Más que revelar una filiación religiosa, me parece que la alusión a la inmaculada concepción nos remite a una suerte de grado cero de la historia. Este fenómeno del nuevo comienzo, que se ha repetido y se repite una y otra vez a lo largo del tiempo y para beneficio del ser humano, no ocurre si no es por la interrupción de los que, en todas las épocas, se creyeron los caminos naturales e inamovibles de la historia. Es decir, el grado cero se corresponde con la aparición de la negatividad y la posterior síntesis en el ejercicio dialéctico: el inicio de una nueva era.

Como diría Ayala aludiendo a esta historia escribible: "Y la disfonía de una flauta / daba comienzo al capítulo de un libro" (37). La función del viento es colmarnos de la gracia de los nuevos comienzos porque es la fuerza a contramano de la historia. La función central del viento se resume en esta línea del poema "*La historia del viento distorsionaba los sonidos de la historia*" (49). El viento es, en última instancia, la deformación posible, el ruido, la distorsión necesaria para no ser tragados por los siglos. El libro de Ayala, en su complejidad, en su acumulación de imágenes, en la constante derivación de esas imágenes en otras, en sus innumerables referencias a diversas prácticas culturales, todas acosadas por el viento que no cesa, es una bien lograda reproducción poética de ese grado cero de la historia y su belleza radica en que nos lleva de la mano a "navegar sobre el vestigio de cartógrafos enigmas" (40).

María Auxiliadora Balladares

Correo: maballadares@usfq.edu.ec